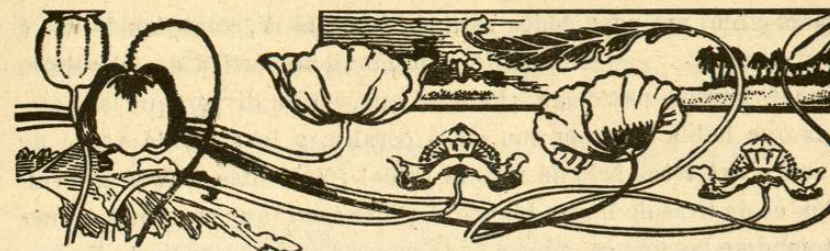


ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino. Y déjeme vuesa^a merced despabilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida. »

5 Y, diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de D. Quijote; y sin duda le ayudara si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

a. ...dexeme vuestra merced. Bow. — ...déjeme vuestra merced. MAI.



CAPÍTULO XXI

Donde se prosiguen las bodas de Camacho,
con otros gustosos sucesos

CUANDO estaban D. Quijote y Sancho^a en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, 5 y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir^b á los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venían acompañados del cura y de la parentela de entrambos y de toda la gente más lucida de los lu-

a. ...Sancho Pança en. TON. = b. ...recibir. TON., ARR., GASP., MAI., FK.

Los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venían acompañados de gran número de gentes vestidas de fiesta, ofrecen aquí un cuadro enteramente español: tomado del natural, son la vivida realidad contemplada á vista de ojos. El caso de Basilio, más industrial que pobre, constituye un episodio de interés humano; y, si acaso Quiteria no fuere criatura novelesca, quizá la paciente investigación, que de todo encuentra rastros, averigüe algún día, como ha hecho con otras narraciones cervantinas, el verdadero lugar (1) y el tiempo de la acción, y hasta llegue á señalar el nombre cierto de la protagonista. Su silencio, la ausencia de rasgos ideales, y el quedar luego velada por las sombras hasta la silueta de su figura, dan alientos á recelar si lo que parece imaginado traspasa los límites de la ficción. De todos modos, hay en esta una novela bucólica, no idealista como la que se nos ofrece en el episodio de Marcela y Grisóstomo, sino eminentemente realista, verdadera, humana y, sin apariencias de ello, trascendental.

(1) *Munera*, dijo Pellicer.

- gares circunvecinos^a, todos vestidos de fiesta. Y, como Sancho vió á la novia, dijo: «— Á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. ¡Pardiez, que, según diviso, que las pate-
nas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de
5 Cuenca es^b terciopelo de treinta pelos! ¡Y montas, que la guarni-
ción es de tiras de lienzo blanco^c! ¡Voto á mí, que es de raso! Pues
¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! ¡No me-
dre yo si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con
pelras^d blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un
10 ojo de la cara! ¡Oh hideputa, y qué cabellos!, que, si no son posti-
zos, no los he visto más luengos^e ni más rubios en toda mi vida.
¡No, sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis á
una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles!, que lo
mesmo^f parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de
15 la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y
que puede pasar por los bancos de^g Flandes.»

a. ...circunvecinos. BR.₄ = b. ...Cuen-
ca, y terciopelo. BR.₄ = c. ...blanca. C.₄,
V.₃, BR.₄, BAR., BOW. = d. ...perlas.
BR.₄, TON., BOW., PELL., ARR., GASP.,

MAI. — ...peltras. BAR. = e. ...mas her-
mosos, ni. V.₃, BAR. = f. ...mismo. BOW.
— ...mismo. A.₃, CL., RIV., GASP., MAI.,
FK. = g. ...bancos e Flandes. C.₄.

Línea 4. ...y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos! — Covarrubias, que fué canónigo de Cuenca, y, por tanto, muy conocedor de los paños que allí se fabricaban, dice, en su *Tesoro de la Lengua castellana*, que se tenían en más estima las de color azul. Góngora habla de entrambas en estos términos:

«Serranas eran de Cuenca,
Honor de aquella montaña...
Del color visten del cielo,
Si no son de la esperanza,
Palmillas que menosprecian
Al zafiro y la esmeralda.»

10. ¡Oh hideputa, y que cabellos! — En el t. II, pág. 41-43, dijimos, al tratar ampliamente de los varios significados que nuestros clásicos dieron al vocablo (hoy mal sonante), que, á dicho del mismo Cervantes, cae no pocas veces (tal es el caso presente) bajo el entendimiento de alabanza (II, 13).

15. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes. — Ante todo, y comenzando por el fin de la frase, acudamos á uno de los primeros definidores del lenguaje castellano, y dejémosle expresarse á su modo:

«Bancos de Flandes, son unos ceños ó ribazos de arena que las olas de la mar van formando como poyos largos, y por la tal semejanza, siendo en forma de grados, se llaman *bancos*; y, como la mar es inconstante, así lo son ellos, y muy peligrosos á los que navegan si se desvian de la canal.»

Rióse D. Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza^a. Parecióle^b que, fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no había visto

a. ...Panza y parecióle. ARG.₁, BENJ. = b. ...Panza pareciéndole que. ARG.₃.

En obra muy distinta, en un romance, se lee:

«Galera, la mi galera, — Dios te me guarde de mal;
De los peligros del mundo — sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería, — estrecho de Gibraltar,
Y del golfo de Venecia, — y de los *bancos de Flandes*,
Y del golfo de Leon, — donde suelen peligrar.»

(DURÁN. *Rom.*, n.º 286.)

Pongamos ahora junto á estos escritores otro más próximo á nosotros: Bretón de los Herreros, que, si no habla de los *de Flandes*, habla del peligro de los *bancos* en general:

«Mucho temo que me salga
Á la cara mi sistema,
Y, por huir de un escollo,
Dar en un *banco* de arena.»

(Un novio á pedir de boca, acto III, esc. XV.)

Lo mismo, pues, de los *bancos de Flandes* que de otros cualesquiera, pudo estimarse como nota de gran pericia en el arte de la navegación el no topar con ellos; pero las cosas, al igual que las personas, tienen á veces su buena ó mala ventura.

Que á los *bancos de Flandes* les cupiese la primera (porque el gusto, preñado de caprichos, así lo quiso), lo publica la historia de la lengua que los ha hecho proverbiales; tanto que, en cierta ocasión (1620), á Tomé Burguillos (ó, para decirlo sin rodeo y quitado el disfraz, á Lope de Vega) se le dieron doscientos ducados en una cédula sobre los *Bancos de Flandes*, en premio de haber tomado parte en el certamen poético que para celebrar la beatificación de San Isidro hizo la villa de Madrid. Mas, en cuanto supo que los tales *bancos* eran unos peligrosos bajios de arena de aquel mar, el soñado y desenvuelto escritor fingió indignarse contra Lope, escribiendo aquellos versos en los que todas las cosas malas llevan el nombre del poeta:

«Pues el proverbio de tu nombre borras,
Con él se llamarán (*todas*) las cosas malas,
Serán de Lope, de hoy más, las zorras,
Las purgas, las jeringas y las calas...»

Ya lo sabe el lector: la frase existe, y, si desea conocer qué labios fueron los primeros en pronunciarla, pregúntelo á los que hacen gala de averiguar hasta lo más recóndito; que nosotros, menos ambiciosos, aspiramos tan sólo á dilucidar el alcance que en el pasaje propuesto tengan todos y cada uno de sus términos.

La frase *pasar por los bancos de Flandes* ¿es inocentona (por así decirlo), candorosa y llena de ingenuidad? ¿pertenece al vocabulario de germania, al de la gente rufianesca? ¿ha de tacharse de hueco, vana é impropia de un rústico, aunque en ocasiones parezca discreto?

Para contestar á tales preguntas, examinemos ahora qué haya de entenderse por *chapada moza*; y siendo, como es, hija de *persona de chapa*, conviene

mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias

analizar desde luego, si se ha de proceder con orden, el alcance del último vocablo subrayado, ya que, como alguien ha dicho, el comentario del *Don Quijote* debe hacerse por sílabas y aun por letras.

Siguiendo al verbo *copio*, *as*, viene definiéndose há siglos la *persona de chapa* como sujeto que merece no poca alabanza por sus prendas de juicio y buen seso; y, si para probarlo no hubiese en nuestra literatura más ejemplos que los tres que ahora siguen, habría de reconocerse que la definición abrazaba á todo y solo el definido.

Hablando Cervantes del feliz encuentro de nuestro hidalgo con D. Diego de Miranda, escribe:

« Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de D. Quijote, el cual iba sin celada... y, si mucho miraba el de lo Verde á D. Quijote, mucho más miraba D. Quijote al de lo Verde, pareciéndole *hombre de chapa*. » (II, cap. 16, pág. 250.)

Y lo era, ciertamente, por su discreción, prudencia y buen seso; y no lo era menos aquella de quien habla Lope en la comedia intitulada *Lo que ha de ser* (acto I, esc. V):

« LEONARDO. Llega, Nise, llega y habla
Á esta principal señora,
Qué era el bulto de la barca.
NISE. (Ap. Admirada del suceso,
Apenas me atrevo á hablarla.)
¡Ah, señora!
CASANDRA. ¡Qué consuelo!
PEROL. (Ap. á Nise.) Ella es *persona de chapa*.
¡Qué lindo vestido y joyas!»

Es de mayor peso aún esotra cita, que se lee en el primer capítulo del tan discutido Avellaneda:

« Acabando D. Quijote de leer la vida de San Bernardo, dijo: « — ¿Qué te parece, Sancho? ¿Has leído santo que más aficionado fuese á Nuestra Señora que éste? ¿Más devoto en la oración, más tierno en las lágrimas y más humilde en obras y palabras?

— Á fe, — dijo Sancho, — que era *santo de chapa*; yo lo quiero tomar por devoto de aquí adelante por si me viera en algun trabajo. »

Para los que andan perdidamente enamorados del léxico, tales citas constituyen un triunfo de la definición comúnmente admitida; pero, como quiera que después de éstas cabe aducir otras autoridades no menos respetables en punto á lenguaje, será bien oírlas á fin de saber la extensión que en el idioma corre el vocablo que se discute.

Que la voz *chapa*, aplicada á personas, no suene siempre en sentido de alabanza, lo dicen estos ejemplos:

« Entonces la moza habló al alguacil muy sobrepeine, y le aconsejó que no se anduviese regodeando, y que se acordase de la de marras, y que era todo fruslera, y que no había de tener más así que asado; que toda era gente honrada escogida á moco de candil y *personas de chapa*. » (QUEVEDO. *Cuento de cuentos*.)

¿Qué clase de gentes eran estas á quienes el insigne hablista llama *personas de chapa*? Gentecilla tal como el maridillo que echaba chispas por el des-

en componerse para el día venidero de sus bodas. Íbanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras

aguisado; el hermano, que hubo de irse rabo entre piernas; el bribón del novio, que, descubierto el caso, estaba más colorado que unas brasas; y el alguacil, de condición poco grave y mesurada.

¿Eran quizá más formales y sesudas aquellas de quienes G. del Castillo hace decir

« ¡Vivan las *mozas de chapa*!»?

Si no parecieren decisivos estos pasajes, ahí va D. Ramón de la Cruz, que pone en boca de « Miguitas », mozo de cuenta, estas palabras:

« Vamos á tomar en casa
Las monteras y garrotes,
Los violines y guitarras:
Y porque no ignoren cuánto
Nos deben esas ingratas,
Y ellos no lleguen, si saben
Que ellas tienen puerta falsa,
Música en ellas y ellos,
Á ver si luego se alaban
Los forasteros de que
Burlan á la gente paya. »

Al oírlo el trasnochador mozalbete y otros no menos casquivanos, exclaman:

« ¡Un cirujano latino
No descurriera con tanta
Intencion!
Siempre Miguitas
Ha sido *mozo de chapa*. »

Pero como aquí no se trata de persona grave y sesuda, sino de un golfo de aldea que la emprende á cintarazos contra los forasteros, contra unos *petime- tres* que intentaban divertirse con las hermanas del escribano, siempre burladas por su carácter ligero; dedúcese que *mozo de chapa* no significa constantemente persona de juicio, llena de prudencia y discreción.

Hasta en el mismo Cervantes se observa que *chapa*, como epíteto de *persona*, envuelve á veces idea de poca gravedad, por no decir de ligereza. Allá en el cap. 25 de la primera parte, t. II, pág. 227, decía Sancho, hablando de la hija de Lorenzo Corchuelo y de Aldonza Nogales, ó sea de Dulcinea, que era *moza de chapa*, hecha y derecha, que tiraba tan bien á la barra como el más forzado zagal, y, por fin, que tenía mucho de *cortesana*, pues de todos se burlaba, y de todo hacía mueca y donaire.

Este *coquetismo*, si fuera lícito decirlo así, que Sancho atribuye á Dulcinea, á la que designa con el epíteto de *moza de chapa*, ¿arguye *formalidad* y *seso* en la señora de los pensamientos de D. Quijote? En modo alguno.

Juntemos á la madre y á la hija; abramos el *Diccionario*: « CHAPADO, DA. adj. ant. Decíase de la persona de chapa. » Es así que la significación de este vocablo es más amplia de lo que parecía, y que lo mismo puede aplicarse á sujetos de juicio que á personas de poco seso. Luego queda subsistente la duda de si al jurar Sancho por su ánima, llamando á Quiteria *chapada moza*, ha de tomarse la expresión en son de alabanza ó como aguda ironía del mali-

y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decía: «— ¡Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presu-
 5 rosa! » Á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido, al parecer, de un sayo negro gironado de carmesi á^a llamas. Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés; en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca, fué conocido de todos por el gallardo
 10 Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habían

a. ...carmesi á las llamas. GASP.

cioso de Sancho, ya que, en sentir de Covarrubias, se dicen «*chapas de color*, las que de vergüenza salen al rostro, ó las que se ponen las que deberían tenerla».

El *chapada*, aplicado á Quiteria, ¿vale tanto como *mujer fortalecida* por su virtud y esfuerzo de dignidad? Quizá parezca aventurado sostenerlo, ya que la afirmación sin pruebas no gozó nunca de grandes prestigios, ni menos valga invocar en este caso el testimonio de D. Quijote. Acaba de decir el escudero que en su vida ha visto cabellos más luengos ni más rubios que los de la novia, que no hay modo de ponerla tacha en el brio y en el talle, y que toda comparación, aun la de tenerla como una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, es poco, y que no otra cosa parecen los dijes que penden de sus cabellos y garganta.

«Juro en mi ánima, — dice Sancho, — que *ella es una «chapada moza», y que puede pasar por los bancos de Flandes.*»

«Rióse D. Quijote, — añade el historiador, — de las rústicas alabanzas de Sancho Panza.»

Tachemos de miope, de verdadero miope, á quien pretenda sostener que tales encomios son enteramente rústicos, y que el llamar *moza chapada* á la prometida de Camacho, añadiendo *que puede pasar por los bancos de Flandes*, es frase aldeana.

¿Quién reputará como rústico el panegirico hecho por el *falso* D. Quijote de que San Bernardo fué *santo de chapa*? ¿Acaso hablaba á lo rústico el *verdadero* D. Quijote cuando afirmó tener por *hombre de chapa* al del Verde Gabán? No: tales elogios caen fuera de las alabanzas campesinas. Rióse el héroe de las primeras: de la *palma*, de los *racimos de dátiles*, y nada más, ya que persona tan erudita como él no podía ignorar que la frase *pasar por los bancos de Flandes*, puesta en boca del buen Sancho, ni estaba en armonía con la cultura del escudero ni con el desenlace de tan novelesco episodio. De más alto venía la intencionada significación.

Porque ¿no habían colegido todos que de consentimiento y sabiduría de Basilio y Quiteria se había trazado aquel caso? Si realmente, como lo creemos, fué así, Quiteria *podía pasar* (¡tal era de arrojada!), *no ya por los bancos de Flandes* como el navegante acostumbrado á grandes peligros, *sino andar en medio de desmandada soldadesca*, que por ventura esto ó cosa parecida se dejó entre velos para que el avisado lector adivinara lo que con sabrosa mano ocultaba la malicia.

de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

Llegó, en fin, cansado y sin aliento; y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo (que tenía el cuento de una punta de acero), mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con
 5 voz tremenda^a y ronca estas^b razones dijo: «— Bien sabes, desconocida Quiteria, que, conforme á la santa ley que profesamos, que^c, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que, por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que
 10 á tu honra convenía. Pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro, cuyas riquezas le sirven no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura; y, para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos),
 15 yo, por mis manos, desharé el imposible ó^d el inconveniente que puede^e estorbársela, quitándome á mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera,
 20 muera^f el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura! » Y, diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y, quedándose^g la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba; y puesta, la que se podía llamar empuñadura, en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de
 25 la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado^h.

a. ...voz tremenda y. BR., TON. =
 b. ...ronca ellas razones. BOW. = c. ...profesamos viviendo. ARR., ARG., MAL., BENJ. = d. ...desharé el inconveniente.

ARR. = e. ...pueda. ARG., BENJ. =
 f. ...siglos y muera el pobre. ARR. =
 g. ...y quitandose la. BR., = h. ...traspasado. FK.

9. ...por esperar yo... mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido... Pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones... quieres hacer señor... á otro, cuyas riquezas. — No es, la perla de nuestra literatura, obra de irreflexiva precipitación. Allá en el cap. 5, pág. 100, de esta segunda parte, dijo Teresa á su marido, tratando del casamiento de Marisancha: «— Eso no, Sancho... casadla con su igual, que es lo más acertado»; y en el cap. 19, pág. 301, fundando la felicidad del matrimonio, á más de en la igualdad, en el mutuo amor de las personas, dice Sancho Panza: «¡Que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren!»

Esta bella máxima de filosofía natural resplandece igualmente en el capítulo que se comenta..